

RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLÓGIA
ARTE

LA TIERRA
ES FELICIDAD
PARA
TODOS.

LA VERDAD
ES DE
TODOS.

SUMARIO:

La moral del pueblo	<i>B. Argente</i>
Ciencia, filosofía, religión	<i>M. Jacquemin</i>
La mentira parlamentaria	<i>A. Posada</i>
Partido y clase	<i>E. Berth</i>
El sufragio	<i>E. Reclus</i>
Ficciones y realidades	<i>E. Malatesta</i>
Ideas	<i>R. Mella</i>
Grandeza del débil	<i>A. France</i>
Ciencia ideal	<i>A. Lorenzo</i>
El patriotismo	<i>Dr. Miró</i>
Para hacer reflexionar	<i>J. Feijóo</i>
Recibos y Notas	<i>Díazos</i>
	<i>La Dirección</i>

F. HERNÁNDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA ♦ ARTE ♦ CIENCIA

RICARDO FALCO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 247, restaurant "Petit Paris" -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkin — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — PARISMINA: Hernán Calzada — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zolla Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdriel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habana: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilaríño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profesor.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

— 25 de Julio de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 62

La moral del pueblo

La propensión del pueblo a dar ferviente acogida a toda imputación de inmoralidad en los gobernantes, es notoria. En vano se le advierte que no son los hombres públicos quienes, por punto general, viven fastuosamente, dilapidan sin tasa o atesoran fortunas con qué enriquecer a su descendencia. Los más mueren pobres; muchos viven modestamente; algunos, hombres de alto entendimiento, sacrifican a la política los pingües y legítimos rendimientos de un bufete copioso. Advertencias y demostraciones se prodigan.

Y, sin embargo, todo es inútil. El pueblo, que no concreta sus acusaciones; que, cuando no lo dirige un inductor, no señala persona determinada sobre la cual recaiga el gravamen de su vituperio, está siempre dispuesto a estimar que en el fondo de todas las resoluciones del Poder público hay algo fraudulento y vergonzoso, que se disimula bajo la hojarasca de los tecnicismos administrativos o de los tropos oratorios. Será este un hecho lastimoso, censurable, si se quiere; pero es un hecho innegable, una realidad viva, y los gobernantes han de tomarla en cuenta, no para lanzar sobre ella un inútil anatema, sino para examinar su fundamento, para modificar tal predisposición de espíritu por aquellos caminos y procedimientos eficaces para introducir en la opinión popular la suspirada mudanza.

¿Por qué siente el pueblo así? ¿Es que tales sentimientos carecen de una explicación, de una causa racional? ¿Es que en semejante propensión hay solamente reflejos de una perversidad nativa, de una viciada índole de la naturaleza humana? Sería infantil pensar de ese modo: sería torpe, porque imposibilitaría el adquirir jamás plena conciencia de cómo van acrecentándose estos recelos y sembrando ante los pasos del gobernante suspicacias y abrojos que le imposibilitan la marcha. El pueblo tiene razón. Es injusto cuando acusa a persona determinada y cuando vincula sobre las encarnaciones del Poder público responsabilidades concretas por actos que, vigilados por el Parlamento, intervenidos por los cien mecanismos de la Administración, garantidos previamente por la propia conciencia de los hombres que se han destacado en el plano social, están exentos de toda mácula. En estas acusaciones el pueblo se expresa y se manifiesta con aquella tosquedad y grosería de ideas y sentimientos que son naturales en su ignorancia y de su ruda condición.

Pero el pueblo, en este caso, no hace sino condensar en torno de aquellas figuras sociales que encarnan la representación de toda una clase sensaciones confusas, ideas vagas y dispersas que germinan en su espíritu al contacto con la vida diaria. Porque los gobernantes no son inmorales. Pero la clase gover-

nante, la clase dominadora, sí es profundamente, abyectamente, inmoral. El pueblo se encuentra frente a un elemento social que lo oprime y lo acongoja en nombre de una moral mentida; de una clase que invoca el patriotismo y asiste impasible a la expatriación de millares de haraposos y a su perecimiento en las pestilencias de Panamá, en el paludismo del Brasil o en los rigores de las islas Hawai; que habla de piedad y deja que a miles mueran los tuberculosos en las casas insalubres; de fraternidad, y explota y consume a los niños y las mujeres en las fábricas y hace de los adultos mineros carne segura de hospital; que invoca la justicia y defiende todos los privilegios; que a la sumisión ante la iniquidad le llama orden, y al grito de dolor, al ansia vengadora de un corazón lastimado que prorrumpe en quejas repitiendo palabras de Cristo, lo llama rebeldía.

El pueblo sabe que esa clase social, que primero lo sujetó con la fuerza, después lo redujo con las coacciones religiosas, mintiendo el espíritu del Evangelio, haciendo de una doctrina profundamente revolucionaria y comunista un sistema quietista y amparador de la inícuca posesión de los bienes de Dios por un grupo de hombres; que más tarde sustituyó la coacción religiosa por la coacción del honor, por falsos estímulos de la probidad, y que hoy, quebrado el sortilegio religioso y desaparecido el supersticioso respeto a la ley, torna a la fuerza, fiando a la Policía y a la Guardia civil la confirmación de una paz precursora de la muerte del pueblo; una clase que ahora, en sus agonías, se acoge a los desprendimientos de los grandes negocios, a las tercerías inconfesables, a las iniquidades más inauditas, vistiéndolas con nombres sonoros; una clase que ha infiltrado en la palabra honradez esencias incompatibles con la rectitud nativa, con todas las grandes ideas de que los nobles y altos espíritus de la Historia fueron siem-

pre enamorados; una clase, en fin, que defiende sañudamente sus concupiscencias y sus egoísmos sin sentirse estremecida y acongojada generosamente por el padecer de sus hermanos, de sus compatriotas, de sus convecinos, sabe que esa clase es, aunque su conciencia esté dormida, aunque aletarguen su espíritu palabras de falsos valores, irrevocablemente inmoral.

¿Qué de extraño tiene que ese pueblo, así angustiado, así oprimido, así escarnecido, proyecte sus amarguras sobre los que ante él ostentan la representación de los opresores? Es que se van formando dos morales; es que, dentro del ámbito nacional, hay la moral de la clase dominante, que es la moral de la sumisión, y la moral de la clase dominada, que es la moral de la rebeldía. Para aquélla, la honradez consiste en acatar la ley; para ésta, en romper esa ley que la ahoga, en subvertir el orden, en arrancar uno a uno los cimientos de un régimen social en vísperas de disolución. Y al choque entre dos tan opuestos criterios, unos a otros se reputan inmorales, creyendo los dominadores que los caudillos de la plebe defienden tan sólo sus egoísmos; creyendo los dominados que los representantes de las clases alta y media procuran tan sólo sus concupiscencias y granjerías. Y ambos están equivocados si sus acusaciones las concretan sobre una personalidad; pero ambos en lo cierto si extienden sus acusaciones a la gestión de toda una clase.

¿Cómo concluir con eso? Porque es verdad, así no se puede gobernar; ni así ni de ningún modo. En adelante en España no podrá gobernar ningún Gobierno; sus manos están atadas por esta situación social que hace desfilar lo justo entre las frenéticas ansias de unos dominadores cuya presa se escapa y las angustiosas convulsiones de unos dominados en quienes acabó la resignación. Mientras ese estado no concluya España no será nación, no será país

civilizado, no será factor en el avance de la familia humana; será una horda con fachada, aglomeración de tribus con apariencias cultas, mesnada y patulea de quienes la fatalidad empuja juntos; pero enemigos entre sí. Hay que acabar con eso. Y ¿cómo acabar? Con exhortaciones, no; con llamamientos a la serenidad y a la justicia para con las personalidades sueltas, tampoco, mientras subsista la iniquidad fundamental de un régimen de propiedad infame, porque se nutre con sangre de hermanos. Con eso acaba únicamente una obra de justicia, de suprema justicia que, por ser necesaria para la vida nacional, vendrá pronto impuesta desde arriba, o conseguida desde abajo.

Y esa justicia tiene que comenzar virilmente por una obra de saneamiento. Confundidos en una clase social están muchos, justos y pecadores, y tienen aquéllos el deber de no ser el escudo de éstos. Una división se impone, cueste lo que cueste: a un lado cuantos no se someten a la moral convencional de la clase dominante, sino que buscan las supremas inspiraciones de la fraternidad humana, fundamento de toda legítima moral; a otro cuantos ro-

ban a mansalva, diestros en sortear los cepos legales, armados para los tontos; los que despojaron a su consocio y los que defraudaron al Estado; los que falsearon en su provecho la verdad; los que atesoraron al amparo de las guerras y amonedaron el haber de la patria; los que envenenaron al prójimo para acrecentar su torpe ganancia; los que satisficieron su lujuria estimulando, en el secreto codicioso de una baja tercería, seducciones corruptoras; los que asesinaron lentamente por el sufrimiento o por la privación; los que exprimieron sin conciencia el jugo vital de semejantes desvalidos; los que traficaron con el honor propio o de los suyos; los que fueron desleales a su deber o traidores a la amistad; las mil y mil formas de la inmundicia espiritual de la deformidad y lacería del sentimiento.

De este modo, los hombres honrados de la clase media, aquellos que han sido injustamente sospechados, hombres políticos que en lo profundo de nuestro corazón reputamos impecables, se verán libres de las salpicaduras de una vergonzosa complicidad.

Baldomero Argente.

Ciencia, filosofía, religión

Bastantes problemas, entre ellos el de la materia y el de la vida, han surgido en el espíritu de los humanos. Todos han sido abordados por dos vías: la filosofía y la ciencia.

La filosofía es la investigación de lo general; su método es siempre matemático o experimental.

La filosofía es la investigación de lo que hay de más general; pretende reflexionar sobre la reflexión científica, explicar la misma ciencia. Científica es la predicción de un eclipse, filosófica la explicación del Mundo por Aristóteles o Platón. Cuando la filosofía se convierte en metafísica y pretende pasarse sin el

auxilio de la ciencia, acaba por dar una prima a la ignorancia, y para ser filósofo basta charlar sin cesar, frasear con mucha imaginación.

Algunos han proclamado la "ban-carrota" de la ciencia. Han sostenido que la ciencia nos había prometido una moral, un gobierno y que nada nos había dado de lo prometido, produciendo, por el contrario, la confusión en los espíritus y la indisciplina en las ideas. . . . Pero lo cierto es que los verdaderos sabios nada prometieron. Jamás la ciencia ha dicho que nos daría, en un tiempo determinado, la llave de los misterios que ella ignora; busca simplemente

acercarse a la verdad, mostrándonos que queda siempre un desconocido cuyo conocimiento o ignorancia importa poco a nuestra evolución, a nuestro bienestar.

Por otra parte, la ciencia nos devuelve, mejorado, lo que nos quita: la realidad no está exenta de poesía ni de belleza; pero no se puede gustar si se ignora. Ella nos enseña la práctica de cosas que por largo tiempo, no fueron realizadas: la tolerancia para todos, la severidad para uno mismo. Ella nos ha libertado de tiranías que martirizaron a la humanidad durante siglos: magia, charlatanismo, superstición, etc.

La verdad, a propósito de la pretendida bancarrota de la ciencia, es que la ciencia es un estorbo desde el punto de vista de los enemigos de la emancipación racional de la humanidad. Los metafísicos no sufren por esta emancipación, pero las religiones, o mejor dicho, las organizaciones religiosas, no están en el mismo caso, y por eso vemos que se convierten en los más grandes adversarios de la ciencia. Y el antagonismo se resume, hoy como en el pasado, y aun más ásperamente, en la lucha entre el espíritu de autoridad y el espíritu de libre examen, entre la razón esclava y la razón dueña de sí misma, entre la servidumbre por ignorancia y la emancipación por el progreso intelectual.

La ciencia no pretende hacernos conocer la naturaleza de las cosas; acerca de ésta sólo puede aventurar teorías o hipótesis. Pero sí nos hace conocer de modo exacto las relaciones verdaderas de las cosas. Las teorías caen, pero las relaciones sobreviven. Existe, por lo tanto, algo que queda por encima, y ese algo es la "verdad" hallada por la ciencia.... Por encima de nuestras hipótesis,

queda "un desconocido".... El hombre, insaciable, tiene miedo a lo desconocido. Y permaneciendo la ciencia muda, se pasa sin su concurso y busca la explicación en uno u otro de los sistemas filosóficos con tendencias metafísicas. Así fue como nació el sentimiento religioso que pretende conocer lo desconocido. El sentimiento religioso no es una forma cualquiera de religión del tiempo presente; las religiones son más bien la negación de ese sentimiento que se confunde con el espíritu científico, es decir, con el deseo de conocer la verdad sobre el Universo, de conocer lo desconocido.

Si el hombre no se siente satisfecho de las presunciones que la ciencia le ofrece, libre es de buscar, por otro lado, ¡Qué su sentimiento religioso le lleve hacia un ideal! Pero hágalo o no de conformidad con los hechos, no le está permitido imponerle a sus semejantes; sólo puede someterlo a sus reflexiones. Cada uno queda libre de producirse como mejor entienda con tal que no perjudique los intereses de nadie.

La ciencia es moral al enseñarnos que el hombre es sin cesar perfectible, que no ha llegado a la cumbre de su carrera y que no está solo en la naturaleza; que puede modificarse por su voluntad y modificar así la sociedad; que lejos de hacerse más malo, cada día se vuelve mejor, por lenta que sea la evolución.

El balance de lo que han hecho la ciencia y la fe es bien explícito.

El cristianismo papal, basado en los milagros y en las intervenciones sobrenaturales, ha dirigido durante miles de años la actividad de los hombres y es responsable de los resultados obtenidos. Del siglo IV al XVI, los pueblos vivieron estancados en la ignorancia y la miseria. La

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año.** Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre.**

Iglesia había organizado la familia, definido la ley civil, formado los Estados, pero todo en su propio interés, no encontrándose en parte alguna de su historia, un plan seguido para el mejoramiento social. La ciencia fue introducida en Europa y se impuso por las cruzadas. Y desde entonces

los progresos fueron rápidos y continuos; la condición del hombre fue elevada, la esclavitud mental y material suprimida, bienes únicamente debidos a la ciencia y que se opusieron triunfalmente a los males causados por la fe.....

M. Jacquemin.

La mentira parlamentaria

(En España y en Costa Rica)

El Parlamento parece, me decía yo, **una gran mentira**. Una gran mentira, con que bajo las formas generalmente suaves y corteses de la educación social corriente, se disimulan las más lamentables sinrazones. Una mentira que se dice a diario, para distraer al país, para encubrir con la hoja de parra de las buenas maneras, de las palabras hinchadas por la adulación y por el respeto a las personas, y de las mil argucias y distinguos políticos, todo género de perturbaciones jurídicas y morales. Y nadie dirá que exagero ni que estoy irrespetuoso con la institución. En su seno mismo se exponen por los miembros del Congreso cosas mil veces más duras. Allí hubo quien dijo de algunos diputados que entraban en aquella casa con ganzúa, y el señor Marengo, con una espontaneidad que no pudo contener la campanilla presidencial, aludió al poco crédito que aquella misma casa iba teniendo **por fuera**.

Y esa mentira, esa comedia, al fin tendrá que producir la risa, ¿a qué viene? ¿Qué causas **grandes** la justifican? ¿Por qué se lucha con tal denuedo y se obra de tal suerte, que a ser campo distinto del de la política, no dormiría tranquilo quien así obrara? ¡Ah! ¡Esto es lo más terrible! ¡Se conciben y se explican hasta los **grandes crímenes históricos**, cuando bajo el estímulo de grandes pasiones, o en pos de equivocados ideales, se cometen! Por tal modo puede pro-

ducirse el efecto sublime que cause admiración y espanto. ¡Pero si aquí no hay nada de eso! La mentira es en sí misma mezquina, lo es por sus móviles, lo es por sus efectos. La mentira se **comete**; las elecciones, como decía un señor diputado, se **perpetran**, para que salga triunfante un Suárez, un Pérez o un López, muy señor en su casa y muy cacique de su pueblo, ya que no cualquier sietemesino imberbe.....

Y no podía ser de otra suerte; gentes de ideas, gentes de talento verdadero, de pasión política noble y levantada, no han de **mentir** a cada paso y hacer mentir a todo un pueblo, para aprovecharse de las escandalosas arbitrariedades del poder, en vista del negocio personal, del afán de mando, de la vanidad parlamentaria, o, en fin, de la tiranía en el coto redondo de un distrito. De ahí que poco a poco vayan disminuyendo las personas de verdadera altura en nuestras Cortes, que las que quedan, muchas, aunque están muy altas, no son de altura verdadera, y sean escasísimas las que lleguen de refresco. No exageraba un queridísimo amigo mío cuando desafiaba a cualquier español para que pronunciase más de veinte o veinticinco nombres de diputados actuales seguidamente y sin vacilar. En efecto, después de esos veinte nombres o treinta, si se quiere, conocidos, empiezan aquellos López, Suárez, Pérez, y la no menos larga serie de títulos aristo-

cráticos, de parientes o de amigos de quien puede repartir credenciales de diputado.

¡Ah! ¡y cómo sube la ola de la vulgaridad! ¡cómo con ella se levanta la de la insignificancia! y lo que es peor, con lo vulgar y lo insignificante, la docilidad aumenta, el **convencionalismo** se desarrolla, y la Asamblea, soberana por naturaleza en su **función propia**, cada vez emplea peor su soberanía. No es un misterio para nadie que con alguna atención siga el desarrollo espontáneo de la vida parlamentaria, que allí ya no se discute para convencer ni para convencerse. En una palabra, para nadie es un misterio que cuanto pasa en el Parlamento tiene, por lo general, un aspecto teatral: es la representación de una comedia ante el país, comedia que todos saben lo es, comedia que sigue representándose impasible, aunque haya algún **espíritu fuerte**, que de vez en cuando se atreva a rasgar el velo y arrancar la máscara....

Por otra parte, ¿no es un hecho que en el Parlamento se vota muchas veces lo contrario de lo que se cree justo en el salón de conferencias? ¿No es un hecho también que las convicciones no existen, o si existen, ceden fácilmente ante el interés egoísta del partido o mejor del **partidario**? Pues si todo es verdad, ¿no puede el Parlamento resultar una mentira solemne permanente, un centro de elaboración de un espíritu político falso, torcido y perturbador?... ¡Y tan perturbador! Nadie como quien vive en provincias y estudia de cerca la vida política local, puede apreciar la acción **corrosiva**, perturbadora, de ese espíritu que en el Parlamento se forma. No debe olvidarse la gran fuerza de **imitación** en la vida social. Mediante ella se difunde aquel espíritu falso, de comedia, de impureza, de injusticia a que aludo. Las Asambleas locales **juegan** casi siempre a los diputados, y en el **juego** obran y se conducen desgraciada-

mente como éstos, peor que ellos quizá, porque generalmente el nivel de cultura del personal baja bastante. De ahí que la **mentira** cunda, de ahí que la desconfianza del **elemento neutro** aumente....

¿Y habrá nadie que extrañe el aumento creciente de tal desconfianza? ¿Cómo ha de esperarse nada bueno de los Parlamentos?

.....
¿A dónde volver la vista entonces? Esto es lo más grave. Porque al fin, el Parlamento, sino es todo el país, es un sintoma calificado, característico, de cómo está el país. En este punto no hay que pensar, como algunos piensan, en que todo se puede arreglar con modificar tales o cuales artículos de la Constitución, o con impedir que los ministros asistan a las Cámaras. Por eso, si, aunque sea con dificultad, se pueden señalar las causas y los caracteres de nuestro singular y decadente régimen parlamentario; es, o al menos a mi me parece, cada día poco menos que imposible señalar las reformas, los **remedios eficaces**. No creo que con cambiar la **mecánica** exterior de los poderes, con un nuevo cambio de postura, en fin, se arregle lo que tan desarreglado anda. Ya en otra ocasión, al estudiar el **Parlamentarismo**, me manifesté contrario a los que piensan que con convertir una Monarquía o República parlamentaria en gobierno **presidencial**, está el problema resuelto. ¡Candidez pura, ya que no otra cosa peor!

Es tener una idea muy mezquina, muy poco exacta de las proporciones verdaderas del mal político, pensar que tan fácilmente se remedia. Todos esos Pérez y Suárez y Rodríguez; todos esos vanidosos sietemesinos que quieren ser diputados para ser algo; todos esos, en fin, que siguen la carrera política en busca de una cesantía de exministro, o de un puesto en cualquier consejo de Administración, o hasta un buen partido matrimonial, ¿quedarían aniquilados con sólo cambiar

el nuevo engranaje de las ruedas en la maquinaria del Estado? ¿Se cree que no surgirían, quizás más potentes, cuando no hubiera un sitio como el Parlamento, donde al fin puede haber un varón templado por el amor a la justicia que los ponga en evidencia?

Pero no es del caso en esta carta-dedicatoria, ya demasiado larga, hablar de los remedios del actual estado del régimen parlamentario. Imposible creoseñalarlos como quien redacta recetas. Acaso para ver la solución provisional, la del caso presente (que habrá de plantear nuevos problemas para el porvenir), sea preciso apartar un tanto la vista del Parlamento y dirigirla a la sociedad que se muestra indiferente, cuando no enemiga, de lo que tan impropriamente llamamos política práctica. Allí sí, en el seno de ciertas clases en un sentido nuevas, de instintos a veces ciegos, pero certeros quizá por lo mismo que son ciegos, puede que haya algún remedio, algo así como un **reconstituyente** de la anémica sociedad gobernante. ¿Quién duda que esas agitaciones que se producen en las grandes masas de obreros, que algún día conmoverán al hombre de los campos,

anuncian el pleno advenimiento de nuevos elementos a la política? Acaso los vicios y corruptelas parlamentarias, no sean en el fondo sino lo que de sí dan unas clases sociales muy trabajadas, decadentes, gastadas en el gobierno y en el goce, y quizá hace falta que nuevos bárbaros traigan nuevas energías, savia joven y fuerzas frescas que vengan a robustecer el organismo del Estado del porvenir. No quiere esto decir que se vea en la solución socialista una **solución** definitiva que produzca un mundo de armonías como el que Bellamy nos pinta en ciertos capítulos de su **Looking Backward**, ni siquiera que sea una solución provisional. ¿Quién sabe como al fin se arreglarán las cosas! Lo único que me atrevo a apuntar, es que acaso sea precisa la acción de un gran **revulsivo** en el cuerpo enfermo del Estado parlamentario, y que no es aventurado opinar que hay en la agitación socialista anuncios de una aplicación más o menos próxima de aquél, y que cuanto más cunda el descrédito de las instituciones políticas, más fuertes habrán de ser los efectos de la cura.

Adolfo Posada.

Partido y clase

La indicación—del manifiesto comunista—de que el proletariado se constituya en clase, a primera vista parece poco comprensible, pero, analizando veremos como no es más que aparente la incomprendibilidad.

No hay que imaginarse que el hecho mismo de la unidad de situación constituya de por sí una clase. Y tan es así que Marx—en su "Diez y ocho Brumario"—ha podido comparar la clase de los campesinos a una bolsa de papas. Los campesinos se encuentran en una misma situación social, tienen los mismos intereses económicos, y presentan todos los

caracteres objetivos de una clase. Sin embargo, no forman una clase en el concepto marxista. ¿Que les falta al conjunto de campesinos? "La conciencia, la unidad de voluntad."

Los individuos, puestos los unos al lado de los otros, no se conocen, son como las papas en la bolsa.... Pues bien, todo eso puede constituir un amontonamiento, una masa, pero no una clase. Como acabamos de ver, puede suceder que existan las condiciones objetivas para la formación de una clase, sin que por este hecho solo exista realmente una

clase. La unidad económica puede muy bien ser la condición necesaria, pero no es una condición suficiente. Es preciso que se le agregue la unidad de voluntad.

¿Cómo se forma esta unidad de voluntad? "Por medio de la lucha." Y es en la lucha que las clases tienen la revelación de sí mismas, adquiriendo conciencia de lo que podríamos llamar su "yo colectivo," o de su personalidad compleja. Es en lo que Hegel llamaba "el combate para el reconocimiento recíproco de los yo", que la conciencia de clase se despierta y llega a la plena claridad de una idea.

La verdadera diferencia entre "partido y clase" no está en que el partido es una "unidad ideológica" y la clase una "unidad económica", puesto que acabamos de ver que "la clase cuando ha llegado a su completo desarrollo, también es una unidad ideológica."

La verdadera diferencia está en que el partido es una colección de individuos, venidos de todas las clases sociales, que no pueden formar ese yo colectivo, esa personalidad colectiva que hemos indicado más arriba.

Un partido es una mezcolanza, un lugar de encuentro, un órgano de la democracia. Como se sabe, la democracia ignora las clases y no conoce más que los individuos. "Proudhon" calificaba la democracia como "el hacha que divide al pueblo"; siendo una potencia divisoria para la cual no existe nada social, general, colectivo, espiritual, que se titula a sí misma de materialista y atea. "El sufragio universal—dice Proudhon—es una especie de atomismo por el cual el legislador, no pudiendo hacer hablar al "pueblo" en la unidad de su esencia, invita a los ciudadanos a que expresen individualmente, su opinión,

absolutamente del mismo modo como la filosofía epicurea expresa el pensamiento, la voluntad y la inteligencia por combinación de átomos. Es el ateísmo político en la peor significación de la palabra. Como si de la adición de una cantidad cualquiera de sufragios, pudiera jamás resultar un pensamiento general.

Se objeta que los partidos tienden, precisamente, a remediar ese desorden, esa atomización social, cuando agrupan a los ciudadanos, pues hacen la síntesis de sus aspiraciones y voluntades.

No puede negarse que ese sea el propósito de los partidos, pero lo que negamos, de una manera categórica, es que puedan llegar a realizarlo. Y esto por una razón muy sencilla, porque la unidad celular del partido es individual, es el ciudadano abstracto; y un partido no es más que una suma de unidades individuales abstractas. La unidad a que conducen los partidos, y que realizan, no es más que una unidad exterior, transcendental, artificial, una unidad mecánica, administrativa y burocrática, análoga a la de los Estados políticos modernos. No se trata de una verdadera unidad, de una unidad espiritual interna. Puede decirse de los partidos lo que Nietzsche dice del Estado, que son monstruos fríos que no pueden pretender ser el pueblo sino mintiendo descaradamente. "Estado—¿qué es eso? pregunta Zarathustra—Oíd bien, que os voy a hablar de la muerte de los pueblos. El Estado es el más frío de todos los monstruos fríos y mente friamente. Oíd la mentira que brota de sus labios: Yo, el Estado, yo soy el Pueblo. Es una mentira!.. En donde todavía hay pueblo, este no comprende el Estado y lo detesta...."

E. Berth.

FUERZA CONSCIENTE, revista ácrata. 30 céntimos número

El sufragio

Todo lo que debe decirse sobre el voto electoral puede condensarse en pocas palabras:

Votar es lo mismo que abdicar.

Nombrar uno o más patronos por un período más o menos largo, es lo mismo que renunciar a la propia soberanía.

Que sea monarca absoluto, príncipe constitucional, o simple mandatario, el candidato que elevais al trono o a la poltrona, será siempre vuestro superior.

Nombráis hombres que están sobre las leyes ya que ellos se encargan de decretarlas y porque su misión es hacerlas obedecer.

Votar es de tontos.

Es lo mismo que creer, que hombres como vosotros, adquirirán de un momento, con el tin tin de una campanilla, la virtud de saber y comprenderlo todo. Vuestros mandatarios debiendo legislar sobre todas las cosas, desde los fósforos hasta los buques de guerra, desde la agricultura hasta el exterminio de las tribus rojas o negras, os parece a vosotros que su inteligencia aumenta en razón directa de la obra a realizarse; mientras que la historia os enseña que acaece todo lo contrario. El poder siempre crió locos, como el parlamento siempre crió infelices. En las asambleas soberanas la mediocridad prevalece de una manera fatal.

Votar es querer provocar traiciones vergonzosas.

Sin duda, los electores creen en la honradez de aquellos por quienes votan y quizás con razón los primeros días, es decir, cuando los candidatos están aún en el fervor de la primera pasión.

Pero todo día tiene su mañana. Apenas el ambiente cambia, cambia también el hombre. Hoy el candidato se inclina ante vosotros y quizás mucho; mañana ensorbecido, os pi-

soteará. De mendigo de votos se transformará en vuestro patrón.

¿Por ventura el obrero que llega a ser jefe de taller puede ser siempre el mismo que era antes de recibir el alto favor de su patrón? ¿No encorva sus espaldas el demócrata fogoso cuando el banquero se digna invitarlo a su oficina; cuando los ugieres del rey le hacen el altísimo honor de admitirlo en las antesalas?

La atmósfera de los cuerpos legislativos es malsana para la respiración; mandando vuestros candidatos a un ambiente de corrupción, no debeis asombraros si de allí salen corrompidos.

Por lo tanto no abdiqúeis. ¡No voteis!

¡En vez de confiar la defensa de vuestros intereses a otros, defendedlos vosotros mismos! ¡En vez de buscar abogados para que os propongan un modo de acción futura, obrad!

Las ocasiones no faltan a los hombres de buena voluntad.

Cargar sobre los otros la responsabilidad de la propia conducta, es prueba de bellaquería.

Eliseo Reclus.

* * *

Con el sufragio universal los legisladores salen de la mayoría, y de esta mayoría de legisladores, es la parte más reaccionaria la que hace las leyes. De aquí resulta que la ley la hace efectivamente, la minoría, pero la minoría más atrasada.

Añadid a esto la ilusión que se forjan las minorías más progresivas de poder ser pacíficamente mayoría, y quedará demostrado cómo el sufragio universal, muy lejos de ser un instrumento de emancipación y de progreso, es al contrario, el medio más eficaz para comenzar y consoli-

dar la opresión.....cuando no un medio para ir retrocediendo.

Dad, por ejemplo, el sufragio universal en Italia, y en lugar de haber realizado un progreso, habreis instaurado un dominio, peor del actual, de los curas y grandes propietarios rurales.

¿Es que nosotros queremos el dominio de las minorías? ¿Queremos lo que se llama el despotismo ilustrado?

De ningún modo. Primeramente porque no admitimos que nadie tiene el derecho de imponerse a los demás sin siquiera para laborar su bien, ni creemos en el bien labrado a la fuerza; en segundo lugar porque cada uno cree tener razón y precisaría un tribunal supremo para fallar quien la tiene, y finalmente, porque cuando se trata de imponerse por la fuerza y dominar, no son los mejores aquellos que poseen las cualidades adaptadas para ello y que lo logran, sino los farsantes y los violentos.

* * *

Pero, se nos objeta a menudo, si en verdad el sufragio no sirve para labrar la felicidad del pueblo, ¿cómo se explica que los gobiernos no lo conceden nunca voluntariamente y

hasta se oponen con todas sus fuerzas?

Explicase esto un poco por la ignorancia, el miedo y la ceguera conservadora de las clases dominantes, pero sobre todo, por el hecho real de que con el advenimiento del sufragio universal se verifica un cambio de lugar, de intereses y de personal gubernativo, cambio temido por quienes están en funciones y pueden salir perdiendo. Pero cambiar de gobernantes no significa de modo alguno que el pueblo vaya a estar mejor.

* * *

Únicamente el sufragio universal podría ser útil y es cuando la experiencia de su funcionamiento demostrase su falacia a los que de él esperan beneficios. Sería una ilusión menos y otro error eliminado.

En la mayoría de los casos, los hombres no llegan a la verdad sino después de haber recorrido todos los errores posibles.

Pero aun este último beneficio no puede obtenerse sino a condición de que haya quien combata, con energía contra esta mentira, pésima entre las pésimas, con que se engaña al pueblo.

Enrique Malatesta.

Ficciones y realidades

Es necesaria la pobrísima mentalidad del político profesional para olvidar y desconocer, bajo el imperio de una ficción fascinadora, que la vida real es algo más, mucho más que el artificio político.

El propio mecanismo mercantil, la misma estructura industrial del mundo civilizado, la organización de la propiedad y su correlativo el régimen del trabajo, son creaciones prodigiosas del genio humano y de la actividad social; no obstante su raíz de injusticia y de privilegio. Y lo son precisamente fuera y hasta en oposición al artificio político y

prueban, de paso, la posibilidad y la practicabilidad de todos los idealismos orgánicos imaginables.

¿Hay en cambio nada menos artístico, menos ingenioso, menos ideal que el rebaño de votantes, que los torneos parlamentarios, que la rutina gubernamental? ¿Hay nada más insignificante que la burocracia, que la técnica, que el arte y la ciencia oficiales?

El elogio de la función augusta del ciudadano que vota, o que legisla o que manda ¡qué paradoja!

Ni espontaneidad creadora, ni concurrencia ideal, sino monotonía

y forzamiento constantemente repetido, es la médula del organismo político. Imperialismo y dictadura, aun con la etiqueta socialista, significan subordinación de lo real a lo ficticio. Son además corolario de servidumbre.

Radicalmente las luchas humanas no han sido, no son, no serán por motivos políticos. El economismo lo invade todo; y cuando se cree triunfante al politicismo es que el politicismo ya no es posible sin la levadura social y económica. Las grandes corrientes de pensamiento, la exaltación de las pasiones nobles, las supremas aspiraciones y los heroicos hechos de la humanidad andan siempre por más amplios horizontes. Arrancan de motivos profundos, de la entraña misma de la vida, que no es de ralea vil política; que es fisiología, economía, dinámica social, y cristalizan en aspiraciones éticas y en generosas idealidades de grandeza infinita. ¿Cómo, de otra manera? Pese a todas las febriles imaginaciones de los místicos de la izquierda, somos ante todo estómagos e intestinos, al punto de que las más elevadas genialidades del intelecto y las más sutiles sugerencias anímicas tienen por prosaico pedestal la ingestión y la evacuación de alimentos. ¡Detestable premisa para los

rimadores de estrofas a la belleza espiritual!

Y porque somos antes que todo animales con necesidades de nutrición y de reproducción ¿cuál otra metafísica podría superar a la imperiosa cuestión económica de donde arrancan y por la cual perduran las luchas humanas?

Por mucho que la mente se aleje en la visión de la belleza, jamás podrá prescindir de esta nuestra carne, de estos nuestros huesos, de esta nuestra sangre y nuestros músculos y nuestros órganos, todo empobrecido, macerado y vilipendiado por los adoradores de la mística, atenaceados por la neurastenia, y por los serviles, rastreros servidores de los poderosos de la tierra. ¡Política! Eso es ficción para bobos, trampa para inocentes, deporte para los holgazanes; eso es indigno de cerebros cultivados y de nobles corazones; eso es la ergástula que los bribones imponen a los hombres honrados.

La vida real es trabajo, es cambio, es consumo; es arte, goce, ciencia; es economía, economía liberadora en cuya órbita gravitan las sociedades humanas como en el espacio infinito gravitan los infinitos mundos que lo pueblan.

R. Mella.

Ideas

El cristianismo ha hecho mucho en favor del amor calificándolo de pecado. Ha excluido a la mujer del sacerdocio. La ha proscrito. Demuestra lo peligrosa que es.

.....
En consideración a su hermosura, la iglesia hizo de Aspasia, de Lais y de Cleopatra demonios, mujeres del infierno. ¡Qué gloria! Una santa no sería insensible a ella. La mujer más modesta, la más austera, la que no quiere robar el reposo a ningún hombre, desearía robárselo a todos.

Su orgullo corresponde a las precauciones que la Iglesia adopta contra ella. Cuando el pobre San Antonio le grita "¡Márchate, bestia!" su horror la halaga. Sedúcela ser más peligrosa de lo que hubiese creído.

Pero no os regocijéis, hermanas mías, que no habéis venido al mundo perfectas y armadas. Humildes fuisteis en vuestro origen. Vuestros antepasados de la época del mamuth y del gran oso no ejercían sobre los habitantes de las cavernas

la influencia que vosotras ejercéis sobre nosotros. Entonces erais útiles, necesarias; pero no invencibles. Verdad es que en aquellas antiguas edades, aun mucho después, os faltaba la gracia. Entonces os parecíais a los hombres y los hombres se parecían a las bestias. Para hacer de vosotras una maravilla terrible como lo sois ahora, para convertirnos en causa indiferente y soberana de sacrificios y de crímenes, necesitasteis dos cosas: la civilización, que os dió velos, y la religión, que os dió escúpulos. Desde entonces sois un secreto y sois un pecado. Soñamos en vosotras y por vosotras nos condenamos. Inspiráis el deseo y el miedo; la locura de amor se ha apoderado del mundo. Un infalible instinto os inclina a la piedad. Razón tenéis de amar el cristianismo. El ha duplicado vuestro poder. ¿Conocéis a san Jerónimo? En Roma y en Asia le inspirasteis tal temor que por esquivaros huyó a un espantoso desierto. Allí, alimentado con raíces crudas y tostado por el sol hasta el punto de que su negra piel se le pegaba en los huesos allí volvió a encontraros. Su soledad se poblaba de vuestras imágenes, más hermosas aun que vosotras mismas.

Porque es una verdad bien experimentada por los ascetas, que los ensueños que sugeris son más seductores que las realidades que ofrecéis. Jerónimo rechazaba con igual horror vuestro recuerdo y vuestra presencia. En vano ayunaba y oraba; vosotras llenabais de ilusiones la triste vida de la que os

desterró. Tanto poder tiene la mujer sobre un santo. Dudo mucho que pueda ejercerlo tan grande sobre un habitual concurrente al Moulin-Rouge. Cuidad de que un poco de vuestro poder no se vaya con la fe y de no perder algo al dejar de ser un pecado.

Francamente, yo no creo que el racionalismo sea bueno para vosotras. En vuestro lugar yo no estimaría gran cosa a los psicólogos, que son indiscretos, que os analizan demasiado, que os califican de enfermas cuando los demás os creemos inspiradas y que denominan reflejos a vuestra sublime facultad de amar y sufrir. No es en este tono como se habla de vosotras en la Leyenda dorada; en ella se os llama paloma blanca, lirio de pureza, rosa de amor. Esto es más agradable que ser denominada histérica, alucinada y cataleptica, como se os dice cotidianamente desde que la ciencia ha triunfado.

En fin, yo en vuestro lugar, sentiría aversión por todos los emancipadores que desean haceros iguales a los hombres. Os exponen a caer. ¡Donosa ocurrencia igualaros a un abogado o a un boticario! Tened cuidado; ya os habéis despojado algo de vuestro misterio y de vuestro encanto. No todo se ha perdido; aun se baten, se arruinan, se suicidan los hombres por vosotras; pero los jóvenes sentados en los tranvías os dejan de pie en las plataformas.

Vuestro culto se muere con los viejos cultos.

Anatole France.

Grandeza del débil

Si los perros mandarines o burgueses salen a ladrar al ácrata que sigue su camino, bueno que los ahuyente cuando constituyan positivo estorbo, pero no más; porque si se encoleriza y se detiene a apedrearlos

cada vez que le ladren, pueden ocurrir dos cosas: 1a.; que se oscurezca la serenidad de su pensamiento con pasiones deprimentes que dificulten su potencia intelectual; 2a.; que dé a sus enemigos y perse-

guidores la satisfacción de verle apartado de la vía recta, tratando, sin conseguirlo, de imitarlos, de devolverles mal por mal, y siendo, en la intención, ya que no en los hechos, tan malo como ellos.

Antes que todo, por dignidad propia y por respeto al ideal, hay que ser bueno en el concepto universal de la bondad, y también parecerlo; después se ha de demostrar prácticamente el valor de nuestros conocimientos en economía economizando el tiempo, y, por último, se ha de conservar la lucidez de la inteligencia para retener las verdades adquiridas, descubrir otras nuevas y aplicar debidamente nuestra energía, sin perder nunca de vista que cada día de existencia del régimen autoritario que pesa sobre el mundo es un infierno de iniquidades.

Querría yo, y no sé como valerme para ello, inculcar en la inteligencia y en la voluntad de todos los ácratas del mundo esta verdad que poseo, que me ilumina, que me entusiasma y que prolonga mi juventud por encima de los achaques de la ancianidad y de los desastres de la persecución. ¡Quién poseyera en grado sumo el arte de aprovechar el inmenso poder negativo de las letras!

Insistamos.

El apóstol que en la posesión de sí mismo, con la razón de su fe y con fe absoluta en su razón, sienta un principio axiomático, expone un ideal racional y juzga con lógica inflexible e incontestable un régimen social que califica de absurdo, influye en la inteligencia del que le lee o le escucha, porque el estado normal de la mayoría de los humanos, a pesar de la preocupación, de la rutina, de la tradición y aun del atavismo, es cierto equilibrio mental conocido con el nombre de sentido común; por eso existe en el mundo

la evolución progresiva. Pero aquel que poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprueban, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él: los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia o repugnancia. Eso sin contar que una venganza, que tal es generalmente el móvil de esos reprobables actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeño y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, desprendiéndose pura de los labios o de la pluma que la pronuncien o que la escriba, se elevará majestuosa, iluminando inteligencias, alumbrando los más recónditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol de medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo, y si las ejecuta aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque puede darle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Anselmo Lorenzo.

“LA LINTERNA”
REVISTA ILUSTRADA DE CRITICA SOCIAL

Ciencia ideal

El doctor Queraltó continúa su apostolado; va de pueblo en pueblo en busca de las muchedumbres a quienes predicar la buena nueva.

Con su ciencia se ha hecho un ideal. Un ideal que le ha costado angustias, sufrimientos, persecuciones, que con sus uñas, mejor, con sus garras,—como la Quimera de quien nos habla Baudelaire,—se clava en sus espaldas, desgarrando sus carnes y pretende abatir su energía; su altivez de hombre.

* * *

En los viejos libros sagrados, el alma de los pueblos iba escribiendo todo cuanto en religión, en moral, en filosofía, en ciencias, en artes recogía su experiencia. Era el alma verdadera de un pueblo que se perpetuaba en máximas y leyes. Todo cuanto allí había escrito, era santo y sagrado, eran todas sus ansias y todos sus anhelos; era toda su propiedad y era todo su amor; era el bien del pueblo, era todo el pueblo que allí se esculpía. Tanto la religión, como la filosofía, como la ciencia, como el arte, formaban un todo homogéneo, y aquel todo era su ideal, era su sangre, era su carne, su espíritu.

Aquel disolvióse, el alma de los pueblos se dispersó; cada fuente del saber formó reino aparte. Las Ciencias pretendieron desentenderse del Ideal de los hombres, se volvieron impasibles a sus sufrimientos, sordas a sus ansias. Construyeron un templo que tenía todas las andanzas de un castillo roqueño; allí los sacerdotes se encerraron y en casta aparte, aislados de todos, buscaban la esencia de las cosas, el secreto que esconden los mundos en su seno y que debía revelar el origen y el fin del Universo.

Pero el pueblo necesita un Ideal; no le basta saber que algún día los

del templo almenado le revelarán el misterio del mundo. Necesita para sus brazos algo muy alto hacia donde dirigirlos, necesita para sus ojos una mirada que repose en el Infinito. Tiene en su alma el anhelo de los constructores de la torre de Babel que pretendían escalar la morada de los dioses. Su cuerpo se consume en la tortura de dolores terribles y necesita consuelo para su cuerpo, fe para su alma. La religión no le satisface, su dios se ha hecho humilde con los poderosos, bravío contra él; en los viejos libros no reconoce su espíritu que se dispersó, que escapó a su mirada al levantar el vuelo.

Por eso hay que hacer un nuevo Ideal para los hombres. Hay que devolverle lo que le perteneció en otros tiempos; hay que entregarle su alma, su vieja alma, que padeció sufrimientos y ansias a través de los siglos, que andaba perorando hundiéndose sus pies en las arenas del desierto, sin que por eso abandonara el arca santa en donde se encerraban sus santas creencias.

* * *

Este es el apostolado del Dr. Queraltó, devolver la Ciencia al pueblo. Devolvérsela no, en forma de popularización estúpida, fría, en donde un pedante explica ante una multitud una ciencia sin alma, sino devolvérsela con un espíritu humano. Que sea un ideal, que sea una fuente de amor y de justicia. Que encierre dentro de sí como los viejos libros sagrados todos sus anhelos y orgullos. Que sirva de consuelo para su sufrir, que sirva de esperanza para su redención. Una ciencia en la cual el pueblo se reconozca, que como un dios penate sea su protección en su hogar. Que la vea ante sí, que pueda interrogarla, que pueda amarla como se ama a la esposa, que pueda bendecirla como se bendice a la ma-

dre, que la estime como su sangre, como su carne, como se estima al hijo.

El Dr. Queraltó ha hecho ofrenda a su apostolado de toda su tranquilidad, de todos sus bienes; ha inmolado en su honor todo cuanto es ambición de los demás. Pero por encima de todo ha salvado su espíritu, lo ha salvado porque su espíritu

era su Ideal, es su personalidad y su orgullo de hombre. Por eso cuando él pasa saludémosle que pasa un Ideal y un Ideal es siempre una nobleza; cuando él habla escuchémosle, habla un Ideal y cuando un Ideal habla en nuestra alma penetra la luz de un Sol.

Dr. Aguadé Miró.

Letras del tiempo viejo

El patriotismo

Busco en los hombres el amor de la patria, tan celebrado en los libros, y no le encuentro; cierto que las historias registran millares de víctimas sacrificadas a este ídolo, mas examinando las cosas por adentro, hallaremos que el mundo vive muy engañado en el concepto que hace de que tenga tantos y tan finos devotos esta deidad imaginaria. Contemplemos puesta en armas cualquier nación sobre el empeño de una justa defensa, y vamos viendo a la luz de la razón qué impulso anima aquellos corazones a exponer sus vidas. Unos se alistán por el estipendio y el despojo; otros por mejorar de fortuna ganando algún honor nuevo; lo más por obediencia o temor al príncipe; en cuanto a éste, sobre estar distante del riesgo, obra no por mantener la República, sí por

conservar la dominación... Si no hubiesen testigos que pasasen noticias a la posteridad, ni Curcio si hubiera precipitado en la cima, ni Régulo se hubiese metido a morir en la jaula de hierro, ni los hermanos Fílenos se habrían sepultado vivos. También algunos se arrojaron a la muerte no tanto por el logro de la fama cuanto por la loca vanidad de verse admirados y aplaudidos unos pocos instantes de vida... No hay hombre que no deje con gusto su tierra si en otra se le representa mejor fortuna, y así se juzga amor de la patria lo que sólo es amor de la propia conveniencia.

F. B. Jerónimo Feyjóo.

Del *Theatro crítico nacional*, III discurso X, Amor de la patria y pasión nacional.

Para hacer reflexionar

En un Congreso de higiene escolar reunido en España, se tomaron los siguientes acuerdos:

"Habitantes de un planeta regido por el sol, rodeado de atmósfera y cubierto de agua en dos terceras partes, corresponde por modo ilegislable a todos los niños:

- 1° El "derecho a la luz del sol".
- 2° El "derecho al aire abundante".

3° El "derecho al agua" y a la "limpieza" que con ella se obtiene.

Ni el Estado, ni quien quiera que sea, tiene derecho para recluir al niño en locales cerrados a la luz y privados de agua y de limpieza, por más que tales mazmórras se condecoren con el nombre abusivo de "escuelas".

Por su condición de ser, en período de desarrollo, el niño necesita

alimento suficiente, ejercicio saludable, alegría que dilate su organismo, amor que fomente su vida moral, verdad que nutra su vida intelectual. Por eso tiene inalienablemente:

- 4° El "derecho al sustento".
- 5° El "derecho al ejercicio corporal".
- 6° El "derecho a la alegría".
- 7° El "derecho al amor".
- 8° El "derecho a la verdad".

* * *

"Bueno es que el Abate Saint-Pierre haya sido vilipendiado, calumniado o escarnecido. Las ideas se abren camino a través de las burlas y avanzan con la misma velocidad que si caminasen entre aplausos. Las palabras "Paz Perpetua", una vez pronunciadas, nunca se olvidan. La necesidad de paz es tan grande y el horror a la guerra tan profundo, que la idea arrinconada a la sombra, pro-

gresas y recluta adhesiones, solitarias y humildes, pero vive y se alza engrandecida para imponerse poco a poco a todas las conciencias. Las palabras "Paz Perpetua" y "Justicia Internacional" se han lanzado al mundo. Eso basta. La sagrada tea no se extinguirá. Honor a los que la encendieron para transmitirla, vacilante aún, a las generaciones futuras."

"La razón moralmente práctica nos dirige ese veto sin apelación: no debe haber guerras."

Profesor Richet.

* * *

Si yo me pusiese a escribir un catálogo de los ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondría a Alejandro y a Julio César.

F. B. Jerónimo Fejjoó.

Recibos

La condena condicional en Costa Rica, estudio de actualidad, por **Ramón Rojas Corrales**. Las siguientes líneas hacen comprender con qué espíritu ha sido hecho el estudio: Antes se miraba al delincuente como un ser indigno, merecedor del desprecio general, cuya falta debía de ser castigada con la mayor severidad posible. Sólo se atendía para la aplicación de la pena, a la gravedad del hecho cometido. Hoy, por el contrario, el derecho de castigar está caracterizado por su espíritu humanitario, por su tendencia reformadora. Se tienen presentes las condiciones propias del reo y aquellas que pudieron inducirlo a delinquir, para aplicarle luego la pena correspondiente. Para el legislador actual, el delincuente es un enfermo. Se le estudia con el mismo cuidado y diligencia que los enfermos de los hospitales.

Anales del Ateneo de Costa Rica, año II, No. 1. Directores: Luis Cas-

tro Saborío, Luis Cruz Meza y Rómulo Tovar. Muy importante lectura.

El Obrero Entrerriano, órgano de la Federación Obrera Entrerriana, Paraná. Monte Caseros 182. Redactor: A. M. Santa María.

Acción Libertaria, Madrid, Florida 14, bajo.

Acción Libertaria, continuador de **El Libertario** de Gijón, al reaparecer, saluda cariñosamente a cuantos luchan por la emancipación integral de los hombres y a cuantos, por esta lucha, sufren persecución de los poderes históricos.

Volontá, Ancona, Casella postale No. 91. Una palabra: Bisogna coordinare tutte le nostre attività allo scopo che ci prefiggiamo: la rivoluzione per l'anarchia e pel comunismo.

La Voz del Obrero, periódico sindicalista decenal, órgano de las Sociedades obreras de resistencia de la Coruña, La Coruña, Socorro 3.

Imprenta Moderna, frente a la Biblioteca Nacional, San José.

RESTAURANT
PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 247

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 ↔ SAN JOSE, C. R.

En la LIBRERÍA FALCÓ

Se han recibido las siguientes obras nuevas
de la popular BIBLIOTECA DOMENECH.

- POR LA VIDA, por J. Pous y Pagés.
- LAS ROCAS BLANCAS, por Eduardo Rod.
- ALMAS EN PENA, por Bjornstjerne Bjornson. ✓
- EROTICA, por B. Morales San Martin.
- RELATO DE UN NIHILISTA, por Anton Tchekov. ✓
- EL CUPON FALSO, por León Tolstoi.
- DEL HUERTO PROVINCIANO, por Gabriel Miró.
- EL SECRETO DEL AHORCADO, por Carlos Dickens. ✓
- BALADA, por R. Sánchez Díaz.
- EL ABISMO, por Carlos Dickens y W. Collins.

Estas obras lujosamente empastadas se venden a **4 reales** el tomo

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez. Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.